

El origen de todo lo posible

Lo humano del lenguaje es la literatura, no la comunicación. El primer grito del hombre fue una canción.

La primera expresión del hombre, como su primer sueño, fue estética.
El habla fue una protesta poética más que una demanda de comunicación.

Barnett Newman

Todo artista aplaudido en la pista mediática debe de tener unas capacidades extraordinarias para la reinvención. Una reinvención que puede ser entendida de diferente manera según el espectador que la observe o el artista que la procese. El asunto es que el término reinvención en muchos casos es entendido solamente desde la epidermis. Este reinventarse se simplifica, en el caso de la pintura, como un cambio formal en el que se perciben diferencias en la superficie del lienzo respecto a momentos anteriores. Estas variaciones son etiquetadas la mayoría de las ocasiones, como una “evolución hacia adelante” y son valoradas como un aspecto positivo. De este modo el artista tiene la posibilidad de regenerar su discurso, incluso quizá, el mercado de temporada.

La cuestión es que la verdadera acepción de reinventar es “hallar o descubrir algo nuevo o no conocido”. Desde esta definición, a mi parecer, en cuanto a la relación con el arte, el término está vinculado directamente al conocimiento y lo duradero y no al entretenimiento o la sorpresa. Si por otro lado ponemos en tela de juicio que evolucionar es siempre un movimiento hacia adelante, nos encontramos con que avanzar en el conocimiento, podría ser, por qué no, andar hacia atrás. Queda de este modo supeditada la evolución de la obra de un artista, no a los cambios formales fácilmente diferenciables, sino al recorrido de un fino y delicado cordón umbilical que se desliza hacia un origen más profundo.

Desde estos planteamientos y con la pintura como vehículo, deriva esta exposición en torno a la idea de origen. Huellas sutiles sobre el crudo lino visible en sus límites, dan fe de esa profundización y búsqueda en cuanto a la fisicidad de la pintura. Ese ir hacia atrás que esconde la superficie pintada. El soporte a la vista, la primera aguada, los indicios que nos ayudan a recuperar y recorrer el proceso de la pintura dónde se desarrolla y construye el lenguaje. Dónde vislumbrar parte del proceso no es leer la receta de cómo se hace. Eso no tendría mayor interés que el descriptivo. Lo verdaderamente trascendente de atisbar parte del proceso es percibir intuitivamente como se arma el relato y el lenguaje de la pintura.

Esta serie de obras que se presentan en la galería Rafael Ortiz están vinculadas con la idea de aprendizaje y las capacidades perceptivas a través del sentido de la vista. Algo que se podría sintetizar en el hecho de pintar para ver mejor. La relación entre parejas de obras mediante dípticos, posibilita la comparación y apreciación de los matices mínimos que puede esconder lo aparentemente homogéneo. También los títulos de las obras, escritos en latín remitiendo así al origen del lenguaje, son palabras relacionadas siempre con el sentido y el acto de observar.

La idea de límite físico, permanentemente presente, que genera la propia fisicidad de la pintura, evidencia nuestras actitudes perceptivas tanto dentro como fuera del cuadro. Porque la pintura realmente es un medio de conocimiento, es un acto de reflexión e introspección. Nos posibilita entender nuestro entorno de una manera muy concreta y al mismo tiempo totalmente intangible. Tiene la capacidad de llevarnos desde la exactitud de la forma y el color hacia conceptos muchos más globales.

Aun siendo hoy tan simple, tan muda y tan vieja, la pintura nos revela la importancia de mirar y contemplar como vía para detener el tiempo que se nos escapa. Tiempo que se convierte en un espacio de profundización y búsqueda de conocimiento. Un conocimiento que se sumerge hacia una esencia que posiblemente sea común a todos nosotros. Un lugar raíz, como la pintura, dónde podemos llegar a intuir el origen de todo lo posible.

Nico Munuera 2017.